

CATHERINE CHALIER

**TRATADO  
DE LAS LÁGRIMAS**

Fragilidad de Dios, fragilidad del alma

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2007

Esta obra se ha beneficiado del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de publicación del Servicio de cooperación y de acción cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores.

A la memoria de mi alumno David Gritz,  
muerto trágicamente en el atentado  
contra la Universidad Hebrea de Jerusalén  
el 22 de Av de 5762 (31 de julio de 2002).  
Que su alma sea atada al haz de los vivos junto a los justos.

Cubierta e ilustraciones de Christian Hugo Martín

© Tradujo Mercedes Huarte Luxán sobre el original francés  
*Traité des larmes. Fragilité de Dieu, fragilité de l'âme*

© Editions Albin Michel, Paris 2003

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2007

C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail:ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1648-5

Depósito legal: S. 1193-2007

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2007

Vierte en tu llanto el peso liberado de la angustia.  
Dos mariposas soportan por ti la carga de los mundos  
mientras yo conservo tus lágrimas en estas palabras:  
Tu angustia se ha vuelto luz...

Nelly Sachs\*

\* Déverse en tes pleurs le poids délivré de l'angoisse / Deux papillons pour toi retiennent le fardeau des mondes / Et j'introduis tes larmes en ces paroles: / Ton angoisse est devenue lumière... (poema perteneciente al libro *Brassier d'énigmes et autres poèmes*).

# CONTENIDO

<i>Introducción</i> .....	11
---------------------------	----

## I

### A IMAGEN DE DIOS LO CREÓ

Razón y emociones .....	25
La liberación de las lágrimas .....	37
Un Dios patético .....	42
«Las aguas que lloran» .....	46
Velar por la fuente .....	49
Los sollozos de Raquel .....	53

## II

### EL DON DE LAS LÁGRIMAS

Los ojos impasibles. Caín, Faraón y Amalek. Abrahán, Aarón y Job .....	63
Las tres lágrimas de Esaú .....	73
Rut y Orfá .....	79
Mérito y bendición de las lágrimas .....	88

## III

### EL SUFRIMIENTO Y EL DUELO

Los lugares secretos del Eterno .....	97
Llorar sin testigos. La hija de Jefté .....	101
¿Por quién llora Dios? .....	109
Las Lamentaciones de Jeremías .....	117

IV

EL TIEMPO DEL MUNDO Y EL TIEMPO DE LAS LÁGRIMAS

El desgaste del tiempo .....	129
El tiempo del llanto y el tiempo de la risa .....	137
La oración de las lágrimas: Ana .....	144
Lágrimas de nostalgia: ¿cantar en Babilonia? .....	151
La vuelta a la vida .....	158

V

DEL MIEDO AL AMOR

Lágrimas de reconciliación: José y sus hermanos .....	165
La consolación de amor: Jacob y Raquel .....	177
La irreductible libertad .....	186
El punto de bondad .....	189

VI

EL DESPERTAR A LA ALEGRÍA

La alegría en el Eterno .....	197
Lágrimas de alegría .....	203
Las lágrimas del Mesías .....	213

## INTRODUCCIÓN

La atención prestada por los lectores a los significados espirituales, morales e intelectuales contenidos en las páginas milenarias de las Escrituras judías –significados meditados, comentados e interpretados a lo largo del tiempo, según los registros sugeridos por los diferentes modos de hacer aflorar la «potencia significativa» de la letra hebrea– ha llevado con frecuencia a subestimar sus posibilidades afectivas, tan profundas y decisivas en lo referido a su fervor o dulzura. Los salmos, ciertamente, parecen haber escapado a este olvido o a esta negligencia, quizás a causa de su tonalidad emocional, incluso apasionada, donde permanecen y que hace oír la voz de toda la gama de los afectos humanos: desde la cólera hasta la compasión, desde el desamparo hasta la dicha, de la desesperación a la esperanza, desde el odio hasta el amor. Su lectura constituye, por otra parte, un sorprendente contraste con los textos del Pentateuco\*, los cuales se muestran tan reservados y lacónicos que incluso guardan completo silencio sobre los sentimientos y las emociones de los principales personajes con los que el Eterno establece alianza; esto, sin embargo, no

\* Desde el siglo II de nuestra era, los cinco primeros libros de la Biblia (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) reciben el nombre de Pentateuco entre los griegos y latinos. Por su parte, los judíos los denominan Torá [N. del T.].

quiere decir que sus afectos les sean ajenos. Los salmos y muchos pasajes proféticos son, con todo, indudablemente más ricos a la hora de expresar la afectividad humana, que va, incluidos sus matices y sus excesos, desde el deseo ardiente hasta la aparente resignación ante lo ineluctable.

¿Será ésta la causa de que su lectura, aunque cotidiana en la liturgia judía, parezca a menudo, al entender de los sabios, como una simple propedéutica para el estudio de lo único que verdaderamente cuenta (es decir, el Talmud, que exige una prolongada paciencia en sus discusiones más sutiles de cara a resolver las cuestiones incisivas y ardientes) y no se considere, en todo caso, como un fin en sí misma? En efecto, la imagen del «judío de los salmos» se asocia con frecuencia a la del hombre poco instruido, o incluso ignorante, que considera ante todo la historia sagrada –y la suya propia dentro de esta historia– según un prisma emocional poco apto para el pensamiento y el estudio. Además, los salmos son una lectura recomendada a las mujeres, a quienes se supone más sensibles a su fuerza emotiva que los hombres, los cuales son supuestamente más aptos para comprender los complejos razonamientos establecidos por los sabios del Talmud.

Sin embargo, a pesar de la primacía concedida al intelecto sobre las emociones y al matiz perceptible de desdén hacia los individuos sensibles a los afectos, a los que se llega a juzgar como incapaces de realizar un verdadero esfuerzo de pensamiento, y a quienes se confían los salmos para que encuentren en ellos una expresión espiritual de sus aspiraciones, su tristeza o su esperanza, también existen comentarios muy hermosos y notables del Salterio realizados por los sabios. Éstos se esfuerzan, en efecto, por resaltar su espíritu a partir de una in-

investigación minuciosa de su letra; aunque ciertamente sin abandonar el terreno de las emociones, los sentimientos y las pasiones a la pura irracionalidad o, aún más, a la manera estoica, a un *pathos* que tiene que ser vencido por la razón y el consentimiento a lo que es o a lo que sucede, a fin de alcanzar la serenidad más allá del dolor y del gozo.

La aparición de las emociones, con su fuerza secreta o abiertamente desestabilizadora, excede la disposición sabia y razonada de un discurso conceptual preocupado por conservar el control en toda circunstancia. El hombre razonable, dicen, intenta no dejarse sorprender por la turbación que las emociones le provocan, aunque ésta, al menos por un instante, pudiera agudizar su percepción de la realidad. En efecto, la mayor parte del tiempo dicha percepción supera las capacidades del psiquismo consciente para dar cuenta, de forma clara y distinta, de lo que en él se produce: bien sea que resucite en él de improviso un fragmento del pasado, a la manera proustiana, en un olor, un sabor o quizás una música, y haga temblar de alegría o de angustia, con total desconocimiento de causa; bien sea que el presentimiento, y también la repentina intrusión de una desgracia temida o de una felicidad largo tiempo esperada, se apodere de ese psiquismo sin darle tiempo a reflexionar y lo aboque al espanto o al mutismo, a la desdicha o, por el contrario, a la timidez frente a una alegría por fin presente, a punto de ser concedida, y a veces incluso a la exaltación.

A espaldas de la conciencia y de un modo irreductible al discurso de la ciencia, el cuerpo expresa cómo habitan en el hombre las emociones y cómo le enseñan cierta verdad sobre sí mismo y sobre su destino. En una creación cuyo sentido y cuya finalidad siguen siendo para muchos un enigma, a pesar



del prestigio de su dominio científico y técnico, esas emociones abogan por algo más allá del concepto, lo cual no quiere decir algo más allá del significado y de la inteligencia. No se trata, por tanto, en las páginas siguientes, de defender la causa de la emoción contra el concepto, y menos aún del cuerpo contra el espíritu –división por otra parte ajena a la Biblia–, sino de interrogarse acerca de las significaciones y por la comprensión hacia las que orienta la capacidad emocional del cuerpo humano.

A primera vista, la perspectiva escogida parecerá sin duda unilateral, ya que la mayor parte del tiempo las lágrimas se encuentran asociadas exclusivamente a los afectos negativos, a las emociones y a las pasiones producidas por el sufrimiento, la pena y el duelo, a esa tristeza amplificadas por la imaginación de la que dice Spinoza que va inevitablemente unida a una disminución de ser. Pero si la divisa del filósofo –«ni reír ni llorar, sino comprender»– opone la risa al llanto, es, sin embargo, para rechazarlos con idéntica fuerza, como si estas manifestaciones sensibles de la emoción interior que trastorna a una persona, manifestaciones que son visibles por los demás, tuvieran que ser desterradas ambas como otros tantos signos de ausencia de comprensión de la realidad, como otras tantas pruebas de falta de sabiduría.

En efecto, el sabio, según Spinoza, no cede nunca a la violencia o a la dulzura de las emociones; busca sólo comprenderlas. «La virtud absoluta del espíritu es comprender»<sup>1</sup>, afirma con fuerza, y no parece que la alegría que anuncia al final de la deducción razonada de las proposiciones de la *Ética* de-

1. B. Spinoza, *Ética*, IV, demostración de la proposición 28.

ba ser acompañada de risa o llanto. La alegría spinozista se mantiene ajena a los afectos, y por eso permanece invisible a los que buscan percibir, mediante la mirada sensible, algunos signos externos de ella. El filósofo rechazaría, por tanto, como incompatibles con el conocimiento de la verdad las palabras del *Memorial* de Pascal: «Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido. Alegría, Alegría, Alegría, lágrimas de alegría»<sup>2</sup>. Palabras que al asociar con las lágrimas la más alta dicha experimentada por Pascal, inducen a poner en cuestión la división ratificada por Spinoza entre la risa y el llanto, la alegría y la tristeza, y su rechazo a conceder al testimonio emocional externo capacidad alguna para comprender la realidad. Por el contrario, y según Pascal, las lágrimas de alegría atestiguan el conocimiento, a través de lo que este autor denomina el «corazón», de una verdad que se dirige a la persona en su unicidad irreductible a una idea: «Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios». De una verdad que sobrepasa el orden que la razón, con su grandeza, otorga a las cosas o encuentra en ellas al término de su esfuerzo por expulsar las pasiones y comprender. El Dios que se dirige al hombre no es –asegura Pascal– un principio insensible o una idea de la razón, sino que hace brotar lágrimas de alegría.

Lejos, pues, de significar sólo tristeza o dolor, las lágrimas hablan también de la alegría que embarga al descubrir la verdad de un amor irreductible a la comprensión teórica, aun de-

2. B. Pascal, *Memorial*, en *Oeuvres complètes*, Gallimard, Paris 1954, 554. Palabras halladas a la muerte de Pascal (1662) en un papel cosido en el dobladillo de su ropa, gracias al cual mantenía permanente recuerdo de la revelación que recibió en la noche del 23 de noviembre de 1654.

purada de toda fantasía hechizante o turbadora. «Pascal no profesa su fe, la llora», no da cuentas de ella mediante una argumentación razonada, se deja sorprender y afectar por ella en lo más vivo de su carne. «Para el místico, la lágrima es el signo del amor, el signo de que nuestra humanidad se une de pronto a la divinidad, el signo de aquellos que se aman»<sup>3</sup>. Y aunque la Biblia y la tradición hebrea evocan a menudo las lágrimas provocadas por la melancolía, la tristeza o la desesperación, las dificultades y las tinieblas, conocen también aquellas lágrimas que son el signo por excelencia del amor, de la alegría y de la claridad. Como se mostrará en las páginas que siguen, incluso las colocan en el corazón tanto sensible como espiritual de unos acontecimientos que, cuando el destino humano parece abocado al peso terrible del orgullo, la indiferencia o el odio implacable y opresor, se diría que debieran permanecer para siempre improbables: en la reconciliación entre hermanos, en el amor y en el despertar a la cercanía de Dios.

Las lágrimas de Jacob, de Esaú, de Lía o incluso de José; las de los profetas, sobre todo de Isaías y Jeremías, pero también las del salmista, incitan a reflexionar sobre las distintas emociones que ellas significan. Sin embargo, más allá del análisis, conviene preguntarse cómo un ser de carne y sangre (*basar vadam*), que se supone que lleva en él la imagen de su Creador, es capaz de llorar. ¿Qué verdad anuncia acerca de la carne humana el agua de las lágrimas, salida de lo más recóndito de ella? ¿Cómo se puede entender, además, que los sabios –tan severos por otra parte respecto a toda tentación de forjarse una imagen del Eterno, contraviniendo así la prohibi-

3. J.-L. Charvet, *L'éloquence des larmes*, Desclée, Paris 2000, 85 y 79.

ción de representarlo— no dudan, especialmente en el Talmud, en evocar sus lágrimas? ¿Por quién y por qué llora el Eterno, y cómo explicar semejante insinuación? ¿Debemos ver aquí sólo un puro y simple antropomorfismo, o incluso una fácil concesión al patetismo destinada a aquellos que permanecen incapaces de pensar verdaderamente? ¿O lo que es más difícil, un acercamiento «en el lenguaje de los hombres»<sup>4</sup> a una verdad que concierne a la relación del hombre con Dios y de Dios con el hombre?

La asociación corriente de las lágrimas con los afectos negativos no debe hacer olvidar que cuando éstos inundan la vida, y a veces parecen condenarla a un abandono sin salida, el lenguaje de las lágrimas es todavía, sin duda secretamente, una llamada a alguien, aunque esté ausente e ignorado además por quien llora. A este respecto, la imposibilidad de sentir que acuden las lágrimas a los ojos, ¿no sería entonces el signo de un sufrimiento aún más abismal que el que ellas expresan? La Biblia proporciona también aquí numerosos ejemplos: como cuando Aarón permanece mudo a la muerte de sus hijos; o cuando Job opta por callarse, abrumado por la desgracia; o a propósito de Caín, de Faraón o de Amalek, condenados por su endurecimiento despiadado en el mal que infligen. Pues bien, precisamente frente a estas diferentes figuras del mal sufrido o causado, la flaqueza de las lágrimas, por razón de la vulnerabilidad emocional que inevitablemente significa, se deja pensar como el corolario de un anuncio de claridad que se aprecia en su vínculo con la Promesa bíblica y la alianza (*berit*) en-

4. «La Torá habla el lenguaje de los hombres», afirma el Talmud de Babilonia, *Yebamot*, 71a. De esa forma pretende explicar el Talmud los numerosos antropomorfismos presentes en la Biblia cuando habla de Dios.